CAPÍTULO XIV

Recuerdos y esperanzas de la Iglesia.

I

La Iglesia católica, al poner su pie virginal en el dintel del siglo XX que se abre ante sus pasos, vuelve los ojos hacia atrás y contempla el largo camino que ha recorrido durante la centuria que ya termina. ¡Cuántas persecuciones tuvo que sufrir! Sus penas fueron muy amargas, profundos sus dolores. Aún está ese camino humedecido con sus lágrimas y regado con la sangre de sus mártires. Muchísimos fueron sus combates, mas con el auxilio divino número de éstos fué el de sus victorias. Con la Iglesia también nosotros contemplaremos, aunque brevemente, los sufrimientos, los triunfos y combates á que nos referimos, y que tuvieron lugar en el siglo XIX.

Pío VII, he ahí el gran Pontífice que gobernó la Iglesia en los primeros años de este siglo. ¡Oh, y con cuánto acierto supo hacerlo, á pesar de las difíciles circunstancias por que atravesaba entonces el mundo católico. Fué elegido en Venecia, y poco después de su elección se dirigió á Roma, donde fué acogido con señales nada equívocas de vivo entusiasmo y de filial respeto. El Papa se dedica desde luego á curar las llagas que había abierto la revolución en su pueblo y en la Iglesia, y enumerando los males que pesaban sobre uno y otra, indicó los medios que debían emplearse para curarlos. Acababa de pasar la revolución francesa que tantos males había causado, y era necesario remediarlos aun á costa de los mayores sacrificios; esto es lo que Pío VII tendrá que hacer, y lo hará con una caridad verdaderamente admirable (1). "Mi mayor consuelo—dijo el Padre Santo—sería morir por el pueblo francés.„ Tanta bondad no quedaría sin resultado. Bonaparte, primer Cónsul, tanto por política, como también quizá por Religión, deseaba que Francia se reconciliara con la Iglesia. Con tal objeto comenzaron las negociaciones, que tuvieron por final resultado el Concordato. La grave cuestión de la legitimidad de los Obispos fué resuelta por el Papa en virtud de su suprema autoridad. Se pidió á los antiguos Obispos legítimos que renunciasen sus iglesias, como lo

---

(1) Alzog.

hicieron la mayor parte de ellos, y de esta manera se reanudaron entre Francia y la corte de Roma las antiguas relaciones que había destruído el cisma. La reacción religiosa se hizo sentir desde luego; se restablecieron los Seminarios, y los sacerdotes, á instancias del mismo Gobierno, volvieron á vestir su traje. La piedad de los fieles secundó las instituciones y las Comunidades fundadas para la educación de la juventud y la asistencia de los enfermos (1).

Napoleón, proclamado Emperador, suplicó al Papa que le coronase, á lo cual accedió Su Santidad porque así lo creyó conducente á la salvación de las almas y á los progresos de la Religión. Salió, pues, Su Santidad de Roma y se encaminó á París. En todas partes era el Papa recibido con el más religioso entusiasmo; era su camino una marcha triunfal; mas esto excitó los celos de Napoleón, que reveló su disgusto, tratando al Santo Padre, no con el respeto y las consideraciones á que era acreedor su ilustre huésped, que tan obligado le tenía con la benevolencia incomparable que le había dispensado. Todo esto era apenas el principio de los grandes dolores que Pío VII tendría que sufrir. El desagrado del Emperador con el Santo Padre seguía en aumento, y por fin llegó á declararle una hostilidad completa. Después del 26 de Mayo de 1805 expidió el Emperador muchos decretos desfavorables á

(1) Alzog.

la Iglesia, y sin embargo de esto, quería que el Papa sirviera á todos sus proyectos. "Vos sois —le escribía el 13 de Febrero de 1806,—vos sois el Soberano de Roma, y yo soy el Emperador. Mis enemigos deben serlo vuestros." El Pontífice rechazó semejante proposición, que no podía admitir sin mancillar su honra, sin atraer á sí el odio universal de Europa, y sin hacer traición á su deber y á su conciencia. Á esta negativa siguieron disgustos y más disgustos por una y otra parte hasta llegar al último extremo. El Papa, por su parte, promulgó una Bula de excomunión contra los que ejercían actos de violencia en los Estados de la Iglesia. El Emperador, por su parte, se burló de la excomunión, y mandó insertar en *El Monitor* una exposición de los principios de la Iglesia galicana, según los cuales se niega al Papa el derecho de excomulgar á un Soberano, especialmente al de Francia. Entretanto el Papa, retirado al interior del palacio, había mandado tapar las principales entradas; mas en la noche del 5 al 6 de Julio, los franceses penetraron á viva fuerza. El General Badet, que los mandaba, al acercarse al Papa, le pidió que renunciase á la soberanía temporal. El gran Pío VII contestó diciendo:—Hasta el presente nada he hecho sin haber antes invocado las luces del Espíritu Santo: prefiero morir á abdicar.—Después de esto se le intimó la orden de conducirle fuera de Roma, y Pío VII, tomando su Breviario, bajó las escaleras, y sa-

liendo de palacio entró en un coche, cuyas cortinas estaban echadas y sus portezuelas cerradas con llave. El Santo Padre fué conducido á Florencia, Turín y Grenoble, de donde le volvieron á Savona. En este lugar, el Santo Padre fué rigurosamente custodiado en la casa de la Prefectura, donde no daba audiencia sino delante de un centinela de vista. Rehusó todas las comodidades que se le ofrecían; comía muy poco y se dedicaba mucho á la oración, y confiando en el Señor, declaró que nada tendría que aceptar de aquel que había despojado á la Iglesia de sus bienes, y una y otra vez rechazó con energía la proposición de renunciar al gobierno de Roma, y tan firme en el destierro como sobre el trono, rehusó la institución canónica á los Obispos nombrados por Napoleón. Quiso el Emperador que el Papa sufriese todos los efectos de su terrible indignación, y con este objeto se le quitaron al Santo Padre los libros y papeles que tenía, y hasta las plumas y el papel; se le prohibió comunicarse con ninguna iglesia, ó con algún súbdito del Emperador, advirtiéndose que, en caso contrario, el Papa, la iglesia y el súbdito serían tratados como culpables de rebeldía contra el Emperador; mas nada podía intimidar al Pontífice, que decía tranquilamente:—Pondré estas amenazas al pie de la Cruz y dejaré á Dios el cuidado de vengar mi causa, que es la suya.

El 9 de Junio de 1812, se intimó al Santo Padre que se preparase para ir á Francia, y se

le exigió que dejase sus vestidos pontificios, para que nadie pudiese conocerlo en el camino. Después de un largo viaje, llegaron á una hospedería de los Cirtercienses, en el monte Cénix. El Santo Padre cayó gravemente enfermo, y á pesar de haber recibido los últimos Sacramentos, se le obligó á continuar su viaje, aun durante la noche, siguiendo hasta Fontainebleau, adonde llegó tan grave, que tuvo que guardar cama durante muchos meses. Entretanto, Napoleón había vuelto de la campaña de Rusia, y quiso reconciliarse con el Papa, y empezó á cambiar de conducta, y después del año de 1813 ofreció al Papa que lo volvería á Roma, restituyéndole lo que el último decreto Imperial había dejado á los Estados pontificios. Pío VII se negó á tomar el patrimonio de San Pedro si no se le restituía íntegramente. Después de esto, el Papa recibió orden de marchar y entró en Savona el 11 de Febrero; y por fin, el 24 de Mayo de 1814 entró en Roma, en medio de las aclamaciones de todo el pueblo, que dió gracias al Señor por un acontecimiento tan plausible. Mas ¡ay, dolor! tuvo que abandonar de nuevo la santa ciudad, después que salió Napoleón de la isla de Elva y que Murat hizo entrar sus fuerzas en los Estados pontificios. Pasaron dos meses, y vencido Napoleón en Waterlóo, Pío VII volvía á entrar en la santa ciudad colmado de gloria, de bendiciones y alabanzas, como un guerrero en el día de su triunfo, como un mártir que ha conseguido la

palma y la corona, y Napoleón, que había derramado tanta sangre y había cometido tantos otros crímenes, Napoleón, el ingrato con el amable y benignísimo Pío VII, Napoleón, llevando sobre su cabeza las maldiciones de Dios y de los hombres, era confinado á Santa Elena, donde tendría que morir.

Con Pío VII que volvía á Roma, habían vuelto para el mundo católico el consuelo, la paz y la esperanza, que en gran manera aumentaron con el restablecimiento de la Compañía de Jesús. Cuando ésta fué suprimida, la tristeza y el disgusto se veían en Roma en todos los semblantes; al ser restablecida, todo fué alegría y contento. Mucho, en verdad, debía la Iglesia á esta Orden incomparable, y grandes eran las esperanzas que tenía en la misma al restablecerla, esperanzas que no han quedado burladas.

El Pontificado de Pío VII, lleno de amarguras y padecimientos, fué, sin embargo, uno de los más gloriosos para la Iglesia. He ahí á un anciano perseguido, sujeto á los más indignos tratamientos, desterrado y cautivo, y sin embargo, lleno de fortaleza y de energía, y alcanzando el triunfo más brillante sobre sus perseguidores. He ahí el dedo de Dios realizando maravillas estupendas á favor de la Iglesia, que vence, que triunfa y reina porque jamás la abandona su divino Esposo.

Después de Pío VII subió á la Silla de San Pedro León XII, que desde luego trató de

remediar los males de la Iglesia, exhortando á los fieles á que huyesen de la indiferencia religiosa, que era el gran peligro de la época, y advirtiendo á los fieles el gran peligro que corrían no absteniéndose de la lectura de las Biblias protestantes, y publicó una Bula contra las Sociedades secretas. Se dió á los Jesuítas el Colegio Romano, restableció el Irlandés y consagró su atención al Germánico. La América meridional, que había dejado de pertenecer á España, suplicó al Santo Padre que le diera Pastores legítimos; y Su Santidad accedió á su súplica. León XII, en fin, tuvo el consuelo de atraer á la unidad de la Iglesia católica, á algunas Iglesias cismáticas del Asia (1).

Á León XII siguió el Papa Pío VIII, quien lo mismo que su predecesor, combatió á las Sociedades secretas, y especialmente á la Masonería. Trató á los pobres como su verdadero padre, disminuyendo los impuestos y proporcionándoles trabajo. Escribió al Emperador del Brasil para que éste aboliese la esclavitud en sus Estados, siendo acogida favorablemente la carta del Pontífice. Mas ¡ay! los grandes males que aún afligían á la Iglesia, y que no podía remediar, agobiaron su espíritu y condujeron al sepulcro á este gran Pontífice.

En tiempos azarosos y llenos de desórdenes, subió al Pontificado Gregorio XVI, mas él tenía puesta su confianza en Dios, y la vo-

(1) Alzog.

luntad de este Papa era muy firme. Para calmar los disturbios de las Legaciones, ocurrió á las armas extranjeras, si bien lo hizo con mucha repugnancia. Restablecida la paz, se dedicó á extirpar los abusos, y publicó un Código penal que sujetó al examen de los Presidentes del Estado, cuya administración quedó perfectamente arreglada con sabias y oportunas disposiciones, encaminadas siempre al bien de su pueblo. Gregorio XVI en el Trono vivía como un simple monje; su cama era muy dura, su comida escasa, era breve su sueño, mucho su trabajo y su oración continua.

Este gran Pontífice vió, lleno de amargura, la apostasía de Lamennais, que no quiso volver á la unidad católica, mas antes bien, siguió combatiendo á la Iglesia con sus terribles escritos, causando con ellos gravísimos daños en las almas.

El Papa Gregorio XVI resistió con firmeza y constancia y con una sabiduría admirable las tempestades levantadas contra él en distintos puntos de la cristiandad. En Portugal se decretó la supresión de las Órdenes militares y religiosas y la confiscación de sus bienes. Gregorio XVI amenazó con las censuras fulminadas por el Concilio de Trento contra los expoliadores de la Iglesia y los enemigos de su libertad y poder soberano; mas, sin embargo de esto, la clemencia no era extraña al corazón de Gregorio, que hizo cuanto pudo por obtener una reconciliación.

En Rusia, la Iglesia católica era perseguida por Nicolás I, que quería obligar á sus súbditos católicos á abrazar el cisma, y en China, Thong-King, y en la Cochinchina fué también terrible la persecución contra los cristianos, y en Europa mucho, en verdad, tenía que sufrir la Iglesia católica. En Madrid, el año de 1834, un populacho furioso se apoderó de muchos conventos, y asesinó inhumanamente á sus moradores, y se entregó al saqueo, quedando semejantes crímenes sin ningún castigo; lo mismo pasó en Murcia, en Barcelona, Reus y otras poblaciones de Cataluña. La desmoralización y la irreligión aumentaban sin medida; se decretó después la supresión de todos los conventos, y los bienes de la Iglesia fueron declarados propiedad nacional; y la hostilidad del Gobierno contra la Iglesia y la Corte Romana iban aumentando cada día, á pesar de las alocuciones del Santo Padre, que elevaba su voz para rechazar en presencia de Dios omnipotente los ultrajes del Gobierno español contra la Iglesia. El ministro de Gracia y Justicia de España, rompiendo sus relaciones con la Santa Sede, instituyó á viva fuerza á varios Obispos nombrados por el Gobierno y no reconocidos por el Santo Padre. Mas no faltaron sin embargo, quienes sufrieran en el destierro su oposición al Gobierno.

En Francia nada favorable era á la Iglesia el gobierno de Luis Felipe, y en Bélgica y Holanda y en Suiza no gozaba la Iglesia de la libertad que le correspondía; y Prusia, aunque de-

jaba de ser positivamente protestante por la accesión de las provincias católicas adquiridas en tiempo de Federico II, no era por esto menos adversa al catolicismo, á quien quería absorber ó modificar, según le pareciera más conveniente (1).

Entre tantos sufrimientos y dolores que hacían gemir á la Iglesia casi en todas partes, el Santo Padre volvía sus ojos á Inglaterra á fin de consolarse con el movimiento religioso que en ella empezaba á observarse y que iba en aumento cada día. En Escocia el catolicismo empieza á florecer, y la católica Irlanda combate sin descanso por la Religión y la libertad.

Tal era la Iglesia en el pontificado del Papa Gregorio XVI: combatida, humillada, mas siempre fiel á la misión que su divino fundador le había confiado. A pesar de todos los obstáculos, extiende la gloria del nombre de Jesús por todas partes; combate los errores, anuncia la verdad, y manda sus apóstoles á las más apartadas regiones, en las cuales, si bien muchas veces hallan el martirio, siembran la buena semilla del Evangelio, que tarde ó temprano dará frutos de vida.

---

(1) Alzog.

II

Después del Papa Gregorio XVI subió al Trono de San Pedro el gran Pío IX, para quien Dios reservaba tantas glorias unidas á tan grandes amarguras. Su corazón, bondadoso hasta el extremo, concedió amnistía á los presos políticos, que muy pronto tendrían que volverse contra él para arrojarle de su Silla. En efecto; estalló en Roma la revolución, y Pío IX tuvo que salir y refugiarse en Gaeta, y después en Portici, cerca de Nápoles, donde Fernando II le recibió con amor y respeto filiales. Roma, sin embargo, no duró mucho tiempo en poder de los revolucionarios. Francia y España fueron sobre ellos restituyendo al Soberano Pontífice á la capital de sus Estados.

Pío IX, desde la colina del Vaticano, contempla con mirada compasiva á las naciones que el Padre celestial había puesto bajo su cuidado. ¡Ay, cuántas miserias y desgracias, y cuántos peligros por todas partes! Piensa el gran Pontífice en el remedio, y no hallándole sobre la tierra, levanta sus miradas hacia Dios; y á fin de inclinar su misericordia sobre el mundo, Pío IX vuélvese á María, á quien Dios concede siempre cuanto pide. Pío IX, desde niño, había tenido su encanto y sus delicias en la Madre purísima de Dios, y sabía por su propia experiencia que María, con sus ruegos, todo lo alcanza del Señor. Mas ¿qué hacer